

LAS GRANDES BATALLAS

EL REVES DE ROCROI

La batalla de Rocroi, donde a pesar de su derrota la infantería española conquistó la gloria, se libró el 19 de mayo de 1643.



ROCROI, 19 de mayo de 1643

ESPAÑA Y EL MUNDO BELICO

A mediados del siglo XVII, el mundo estaba en pie de guerra. En todas partes se luchaba. Se luchaba, al menos, en las zonas descubiertas o incorporadas a la historia universal. Se luchaba en toda Europa, en gran parte de América y en el viejo Mar de las Tinieblas. Allende la cortina que los piratas habían establecido, junto a las costas de sus países respectivos, si no había guerras en toda regla, existía una fobia tal contra la raza blanca, que las conquistas, las invasiones, los simples descubrimientos, se efectuaban bajo la amenaza del arco y de la flecha, frecuentemente envenenada por unos indígenas que deseaban que lo suyo no fuere hollado, ni por vecinos, ni por fuerzas forasteras.

En Europa, la Guerra de Treinta Años (1618-48) había alcanzado su apogeo. Por circunstancias ineludibles, España entró de lleno en ella como sin apercibirse. Cuando en diciembre de 1633, falleció Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Estados de Flandes, éstos quedaron otra vez bajo la férula del rey de España. De resultas, el antiguo descontento renació; y, frente a Holanda, España se encontró luchando irremediamente. Su situación era difícil. Para ayudar al Príncipe de Orange, Francia decidió internarse en los Estados Meridionales (la Bélgica de hoy); y, así, la ayuda de Austria resultaba indispensable. Sin esa ayuda, el mundo protestante barrearía los caminos. Para seguir en Flandes, España, sin paso por Francia, tenía que mantener abiertas las comunicaciones entre Bruselas y Milán (a través de Alsacia y de Luxemburgo), entre Viena y Bruselas (cruzando el Rin) y entre Viena y Milán (pasando por la Valtellina).

A tales efectos, Felipe IV tuvo que luchar contra sus propios enemigos y contra los del Sacro Imperio. Los tratados lo encauzaron, y el genio nacional contribuyó al impulso. El marqués de los Balbases jalonó el itinerario, y el cardenal-infante (Fernando de Austria) siguió la pauta del primero. Los tercios de valones, de italianos y de españoles, vencieron en Ostende (1602), en Breda (1625), en la batalla de Honnecourt (1642), etcétera. Compitieron entre sí muy rudamente, en los campos de Flandes,

de Francia e incluso de Alemania.

No obstante, España está insegura. El conde-duque de Olivares quiere oponerse a lo inevitable. A pesar de los levantamientos que han estallado en Cataluña y Portugal, procura, pobremente, reforzar a los de fuera. Hay guerra en todas partes, mas sin la "plata" necesaria para hacerla. Las victorias escasean y la gente no se alista. Era difícil—según se decía—poner una "pica" en Flandes.

Muerto el cardenal-infante, en el apogeo de su pequeña gloria, el Ejército quedó a las órdenes de un ilustre personaje titulado: Francisco de Melo. Frente a las murallas de Ayre, una calentura perniciosa se llevó al primero, que era el solo jefe en condiciones de mantener en auge la situación de España. No había generales suficientes para todas las empresas nacionales. Menguaban, incluso, los grandes auxiliares. El propio Melo, lejos de disponer de un jefe de confianza para ejercer el cargo de cuartel-maestre (o maestre de campo general) se resignó a entregar la detallada ejecución de sus "directrices" a Pablo Bernardo de Fontaine, lorenés de origen, viejo y gotoso, que ciertos historiadores han confundido con nuestro ilustre conde de Fuentes, previamente fallecido.

UNA DECISION NEFASTA

Entraba el año de la batalla, cuando Melo, dispuesto a "maniobrar" prudentemente a su enemigo, internó una parte de sus fuerzas en Artois, en tanto que Andrea Cantelmo—de la "casa" de Póppoli y de Petrorano—mantenía en jaque al príncipe de Orange, que era nuestro adversario principal. Las operaciones iniciales fueron afortunadas; y, sobre esto, la desaparición de Richelieu y el grave estado de Luis XIII dieron ánimos a Melo y a los suyos para tratar de conseguir una victoria decisiva.

Pero, en aquellos tiempos, toda victoria se cifraba en apoderarse de una plaza o en obligar al adversario a levantar un sitio ya montado. Melo, entonces, se decidió a "tomar" Rocroi, que estaba cerca de la Meuse y bien situada para la protección del

territorio en que él operaba. Destacó al conde de Isemburgo con las fuerzas necesarias para encabezar la operación. La muerte de Luis XIII, acaecida el día 14, integró una baza favorable. Nadie creía que Francia, con un rey menor de edad, y una "regente"—Ana de Austria, hija y hermana de reyes españoles—se lanzaría a una empresa de importancia secundaria para su corona e innecesaria para su prestigio. Y, para más, el consejero de la Reina, Mazzarino, no se había aún revelado como un hombre capaz de grandes decisiones.

El Ejército francés se hallaba bajo el mando del duque de Enghien, hijo de Condé, y que por vez primera iba a participar en un conflicto armado. Tenía veinte años solamente. Junto a él estaba, como asesor, el mariscal de L'Hôpital, que tenía la orden de no aventurar al "príncipe" en un combate decisivo. Pero el joven aristócrata, lejos de seguir tales consejos, logró zafarse de L'Hôpital y aun amoldarse a la impulsión recomendada por Gassion, su mariscal de campo preferido.

LA JORNADA PREVIA (18 DE MAYO)

En el campo francés se tenía noticia de que Melo había iniciado el cerco de Rocroi, y de que junto a la plaza sólo había una zona despejada, con cuatro o seis kilómetros de frente y fondo, a la que se llegaba por un paso de escasa anchura, abierto en zona pantanosa. Era difícil, pues, aproximarse a Melo; pero la impulsión de Enghien, sus pocos años, quizá su inexperiencia, acaso la prudencia que Melo había tomado en su lugar..., encauzaron bien la decisión y aseguraron la batalla. En la tarde del 18 la caballería española, que se encontraba ante la puerta principal de la ciudad, fue atacada por La Ferté, que había sobrepasado las propias disposiciones defensivas del duque de Enghien. Jacinto de Vere lo rechazó, y pudo originar una hecatombe. Pero, en vez de profundizar, se limitó a lo conseguido. El propio Melo, olvidando el desfiladero, se contentó con evitar la entrada de los franceses en la plaza y con llevar a término el despliegue comenzado.

De este modo, los dos beligerantes pudieron prepararse para la batalla. Formaciones semejantes, a un lado y otro. Infantes en el centro y caballería a los costados. En nuestro frente, un núcleo integrado por valones, italianos y alemanes, y una reserva constituida por las fuerzas españolas: los llamados "Tercios de Flandes". Enghien reunía un total de 25.000 peones y jinetes, y Melo, poco más. Pero este último esperaba ansiosa-

mente la llegada del conde de Beek no sólo por las fuerzas que tenía, sino por los consejos en que confiaba. Tuvo, no obstante, que aceptar la gran batalla sin llegar a disponer de tan preciada ayuda.

LA TRAGICA JORNADA

Cuando Melo se dio cuenta de la situación creada, dictó las órdenes precisas para el encuentro, y, suponiendo que el ataque partiría de la derecha gala, enmascaró unos mil arcabuceros en la zona de bosque más inmediata a aquel costado, a fin de que cayeran sobre toda fuerza que emprendiera la ofensiva contra su propia izquierda.

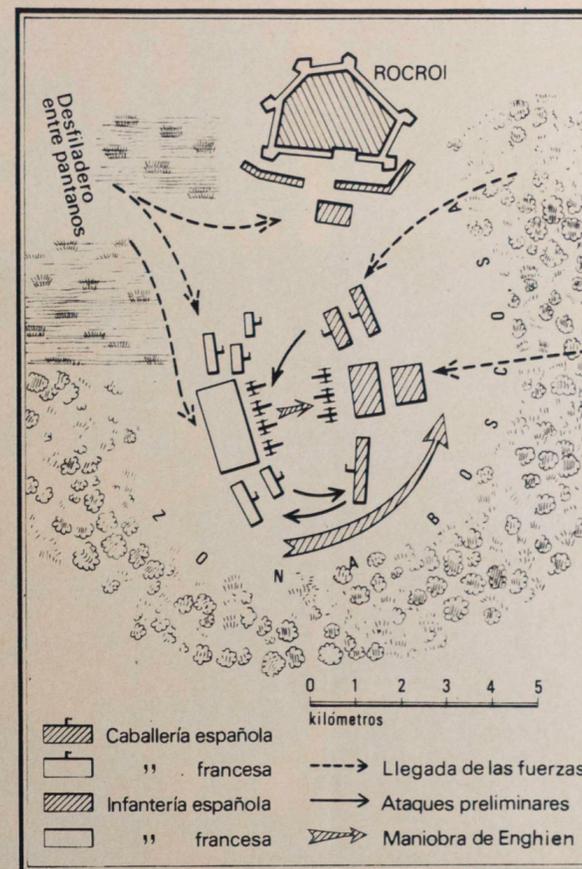
Una noche fría y muy penosa. De madrugada, el duque—al que fue preciso despertar—lanzó sus fuerzas contra la izquierda hispánica, que Melo suponía bien protegida por los arcabuceros instalados en la linde. Pero éstos habían sido sorprendidos por los franceses, que, a tiempo, los dispersaron, degollaron o hicieron prisioneros y, así, los galos obtuvieron contra el citado flanco un efecto inicial muy superior al previsible.

La situación no fue excesivamente grave, porque el duque de Alburquerque, frente a unos cuantos escuadrones no sólo consiguió restablecer la situación, sino que aún logró, con sus brillantes cargas, adelantar ligeramente nuestra izquierda.

En el costado contrario, Isemburgo, al frente de otros cuantos escuadrones y de algunos tercios, rechazó un ataque comenzado por L'Hôpital. Melo envió refuerzos inmediatamente, y parecía que su avance le llevaba a una victoria, ya que una parte de los cañones galos cayeron en sus manos cuando el propio duque de Enghien paralizó la acción.

LOS TERCIOS MUEREN SIN INMUTARSE

Desde ese instante, el desbarajuste comenzó. Los historiadores no están de acuerdo al referirse las idas y venidas de Enghien y de Melo. Están de acuerdo únicamente cuando dicen que el primero estuvo secundado por los suyos con muchísima eficacia en tanto que su adversario—de ceca en meca—no pudo aprovechar efectos—aislados o esporádi-



cos— que Alburquerque, Isemburgo y los infantes de vanguardia conseguían.

Cuando nuestra izquierda parecía afirmar sus posiciones, el ataque frontal tomó incremento. Simultáneamente, el joven duque de Enghien sintiendo acaso que era inútil insistir en lo iniciado, reunió los escuadrones que halló libres, y acudió, veloz, a su derecha. Reforzó a Gassion, que ya paralizaba a los jinetes de Alburquerque; y, envolviendo nuestra izquierda, amenazó la masa concentrada a retaguardia, que la primera línea presionaba. La odisea dio principio. Nuestros tercios se vieron atacados desde frentes muy diversos. Abrieron un portillo por el que una batería de ocho cañones disparó violentamente. Por tres veces contuvieron al contrario. Pero, al fin, cedieron no su armamento ni el terreno que ocupaban, sino su vida en aras de la patria y de la gloria conseguida en tantas luchas anteriores. La carnicería fue imponente.

EL PARECER HISTORICO...

Las crónicas francesas, en su deseo de exaltar la personalidad del que era entonces duque de Enghien (el

futuro "gran Condé"), recalcan la fama de la infantería española. El propio Voltaire, al recordar las embestidas de los jinetes galos, describe a aquella—hablando de Rocroi—tan apretada y densa como la falange, pero de agilidad muy superior, ya que se abrió oportunamente para que hicieran fuego los cañones que se hallaban protegidos en su centro.

Todos encomian la bravura de los tercios. Miles de hombres fallecieron, firmes en su puesto. No alcanzaron la victoria. Ni la alcanzaron, ni España pudo, en algún tiempo, alzarse ante sus grandes enemigos. La decadencia comenzaba, según dice la historia.

... Y UN PARECER PRIVADO

Rocroi, a pesar de todo, no señaló un viraje de nuestra formidable infantería. Rocroi no fue siquiera el fin de una campaña. Rocroi fue sólo una derrota, como han sufrido todos los ejércitos del mundo.

En la batalla de Rocroi, los gloriosos tercios españoles son derrotados por vez primera. Pero esto no significa—como antes se ha dicho—que la mencionada acción constituyera el punto inicial de nuestra decadencia. Esta había comenzado previamente. En pleno período culminante del marqués de los Balbases (1601-1625) y en pleno esfuerzo victorioso del cardenal-infante (1635-1641), la decadencia estaba ya iniciada. La decadencia comenzó cuando los tercios estaban aún en su apogeo; cuando no había muros que se les resistieran ni infantería contraria que los detuviera. La decadencia comenzó en la fecha en que los Estados holandeses se negaron a estar bajo la férula de una monarca que reinaba desde España, de un rey que tal hacía porque España no habría querido sentirse gobernado por un jefe que residiera en Flandes. Lo prueba bien la gran veneración que los Estados meridionales (la Bélgica y el Luxemburgo actuales) profesaron siempre a su gran gobernadora, semiautónoma: Isabel Clara Eugenia. Lo prueba también la última guerra de nuestro "Rey prudente". Lo prueba, casi casi, la última de Carlos V.

Carlos MARTINEZ DE CAMPOS
De la Real Academia Española

El reinado de Felipe IV marcó la verdadera decadencia de España como gran potencia

El reinado de Felipe IV (bajo estas líneas, en el famoso retrato ecuestre que le hizo Velázquez y que actualmente se encuentra en el Museo del Prado) marcó el comienzo de la decadencia española como potencia europea. El Rey no podía tener otra política que la trazada por Carlos V y Felipe II: España debía seguir siendo la primera de las potencias católicas, a costa de sacrificios que en este reinado fueron todavía más ruinosos que en los anteriores. El doble matrimonio —de Felipe IV con la hermana de Luis XIII, Isabel de Borbón, y el matrimonio del rey francés con la hermana del monarca español, Ana de Austria— no impidió el enfrentamiento de Francia y España en el campo de batalla. Se inició así la hegemonía francesa sobre el viejo continente, que culminaría con Luis XIV.



A la izquierda, Luis XIII, por Champaigne (Museo del Prado). El monarca francés supo encontrar en el cardenal Richelieu el fiel ejecutor de la política tradicional francesa: el abatimiento de los Habsburgos. A la derecha, Luis de Condé, el vencedor de Rocroi, por Egmont (Museo de Chantilly). Años después, afirmado políticamente Mazzarino, su gran enemigo, Condé pasó al servicio de Felipe IV y actuó hasta la Paz de los Pirineos, firmada en 1659, como jefe de las tropas españolas de los Países Bajos.



El cardenal-infante Fernando de Austria (a la izquierda en un fragmento del cuadro de Velázquez, Museo del Prado), hermano de Felipe IV, fue gobernador de los Países Bajos y jefe de las fuerzas españolas en el período culminante de la guerra de los Treinta Años. A su muerte, en plena juventud, le sustituyó Francisco de Melo, el vencido de Rocroi. El conde-duque de Olivares (a la derecha, fragmento del retrato ecuestre de Velázquez, Museo del Prado) fue, como valido de Felipe IV, el artífice de la política española. Pero no alcanzó a ver sus resultados. Cuatro meses antes de Rocroi cayó en desgracia, retirándose a sus posesiones.

Muerto Luis XIII (cuatro días antes de Rocroi), asume la regencia su viuda, Ana de Austria. En el trono, durante la



ceremonia, está el pequeño Luis XIV. El segundo personaje a la izquierda de la reina enlutada es el padre de Condé.



le Parlement pour nous tirer de peine,
et Anne Regente et nous met sous sa loy,
O Dieu que nous aurons une adorable Reyne,
Mon Dieu que nous aurons un adorable Roy.

M^{lle} la Princesse
de Condé
M^{lle} de
Longueville



En el castillo de los Condé, en Chantilly, se conserva todavía este cuadro conmemorativo de la batalla. En el centro del mismo,

sobre un caballo blanco, el joven general vencedor, entonces duque de Enghien, que pasaría a la historia como príncipe de Condé.

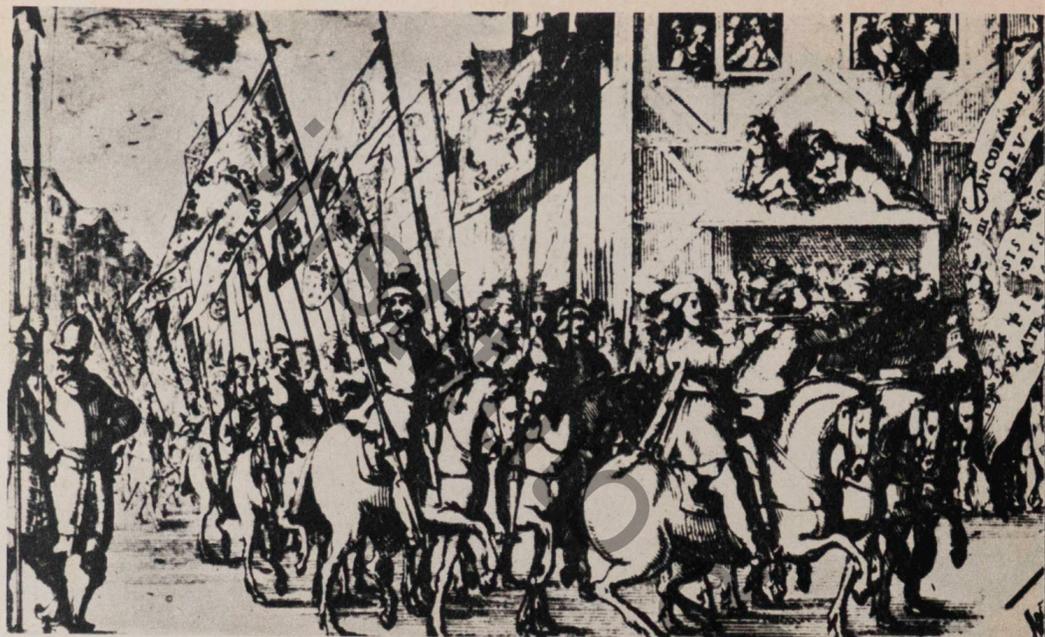
Después del último asalto de la caballería francesa contra los tercios que integraban la reserva española, Condé evitó la



exterminación de los que estaban decididos a morir antes que a retirarse. Salvó así a un millar de infantes que quedaron prisioneros.



Desde el Louvre,
la reina contempló
el desfile de las
banderas tomadas
al enemigo



El 20 de mayo, mientras se preparaban las honras fúnebres en honor de Luis XIII, muerto seis días antes, llegó a París, a las puertas del palacio de los Condé, un caballero cubierto de polvo: traía la noticia de la gran victoria de Rocroi. Se informó inmediatamente a la reina Ana de Austria, quien, a pesar del luto, no pudo contener su alegría. Al día siguiente, con informaciones más concretas sobre la derrota española, llegó a París el enviado personal del «Gran Condé», el oficial de caballería Chevers, con doscientas banderas y otras cincuenta insignias militares más, tomadas al enemigo en el campo de batalla. Los trofeos fueron llevados al Louvre, y el 26 de mayo la reina Ana las mandó llevar, en una solemne ceremonia, a la iglesia de Notre-Dame para la celebración de un Tédum de acción de gracia. La propia reina, asomada a una ventana de sus habitaciones, quiso presenciar el gran cortejo. A la derecha, arriba, el desfile por las calles de París de los trofeos conquistados al enemigo, en un grabado de la época. Abajo, el joven triunfador de Rocroi, Luis, duque de Enghien, y más tarde, príncipe de Condé a la muerte de su padre, rinde homenaje a Ana de Austria. A la derecha de la soberana se encuentra su hijo Luis XIV.





**«Detrás de la nariz
de Condé se
esconde un genio»,
dijo Mazarino**

El cardenal Mazzarino y la reina Ana de Austria reciben la noticia de la victoria francesa en Rocroi (cuadro de R. Parkes Bonington). Cuentan que el cardenal exclamó: «Detrás de la nariz aquilina de Condé se esconde un genio.» El abate Giulio Mazzarino fue vicelegado de Agignon en 1634, pasando luego a legado extraordinario de la Santa Sede en París. Se naturalizó francés en 1639 y fue nombrado cardenal —por influencia de Richelieu— en 1641. Luis XIII, antes de fallecer, lo hizo miembro del Consejo de Regencia que había de presidir la reina madre Ana de Austria, hermana del rey Felipe IV de España. Cuando tuvo lugar la batalla de Rocroi, pértico de la hegemonía francesa en el Viejo Continente y comienzo del ocaso de España, el cardenal Mazzarino ya era «primer ministro».